

te m'ijo, macizo y no me haga mucho ruido... el agujero debe quedar hondo pa'que no se note... ¡Qué pesadas están las cajas, y se oyen ruidos como de tubos de agua! Pónle unas matas encima pa'que no se note..."

La mano de Florencio se alargó hasta tropezar con la pegajosa pared, luego palpó el bulto donde reposaba su cabeza y supo que era la pierna de Felipe. El silencio era pesado, fino hasta oírse los latidos de aquellos hombres. Florencio, al incorporarse, oyó un grito de su carne, que le acordó el dolor; estaba sudando.

—Hijo... a ti no te han llevado p'allá adentro...! —escuchó su voz hueca y temblorosa.

—No, padre.

Muchos pies sonaban monorrítmicamente, acercándose a la celda; cada paso retumbaba invadiendo el silencio, hasta expulsarlo de aquellas paredes, se iban acercando; ahora sonaban virilmente.

—¡Esos de la Aguada! ¡El Padre y el hijo! ¡ámonos!

Florencio se levantó ayudado por Felipe; cada movimiento se reflejaba por su carne, corría por toda la superficie de su cuerpo y estallaba en un grito que se apagaba en los labios mordidos por los dientes. Los dos hombres se colocaron entre la escolta, y empezó su marcha. De nuevo surgió el compás de los pasos, ordenadamente. A un solo ritmo, el piso se estremecía, mientras, levemente, entre la retumbante marcha, se oía un suave arrastrar de cuatro pies.

La noche recogía el cansancio de los hombres. El cielo se había espesado, empujado por el viento y la lluvia. Esta caía y caía constantemente sobre la tierra.

El grupo atravesó la calle manchada

por los lunarés de agua, hasta subir a dos vehículos viejos y ruinosos. A Florencio le asaltó el miedo; su carne, hambrienta de paz y de descanso, se paralizó momentáneamente; anheló escaparse de ahí y quedar hecho un ovillo en un eterno silencio, rodeado de los callados pinos donde iba a cortar la leña.

Los motores zumbaron incansables de ruido, iniciando el camino helado de la muerte, mientras el agua caía, formando hilos de llanto en el parabrisas. Florencio no podía creer que fuera su último viaje; pero allá, muy adentro, salía un grito instintivo y zozobante, y él, que siempre confiaba en su instinto, se aferró a las oraciones.

—Oiga padre, nos van a tronar, ¡mejor dígales lo que enterramos! —dijo Felipe.

Florencio, más que oír, adivinó las palabras quedas y calmadas de su hijo.

—Si nos matan ¡qué sea como a los hombres!

"Virgencita, tú no puedes fallarme... Estoy diciendo la verdad. ¡Ah qué Padrecito! Si es mentira lo que usted dijo va a cargar su conciencia con los pecados de estos hombres por haberme atormentado, y con nuestras muertes. No, si, no, no puede ser..."

—Madre, ¡sálvame! Santa..."

—¡Bájense!

La línea horizontal del muro crecía con las sombras. El enorme cancel parecía hecho de gigantescas cuerdas que sonreían crueles ante los presos.

El grupo se adentró en el panteón, perdidos los rostros en la oscuridad. La hora era imprecisa para Florencio y su hijo. El tiempo se había desmoronado.

—Ya viene el milagro, hijo, la Virgencita no puede fallar.

—¿Cómo, padre?— Felipe sonrió amargamente.

—Algún rayo, o a la mejor el ángel grandote que tenía una lanza allá en la iglesia... "Sí, él va a llegar y los matará a todos estos, pa'dejarnos libres... ¡Pero aparécete pronto que ya mero llegamos..."

—¡Alto!, aquí junto a ese hoyo.

La lluvia incansable repetía su música sobre el ala de los sombreros. En la tierra se abría una boca estrecha, cuya profundidad probaba el oficial con su bayoneta.

—Está bueno de hondo.

"Virgencita, tú eres la única que sabes que dije la verdad, no le he mentado a nadie..."

—¡Párense junto al pozo!

—Se lo dije, padre.

"Ya mero. ¡Dime si es la última hora! dame una señal ¡cualquiera! pero pron..."

—¡Preparen!

Las dos figuras casi al unísono se acomodaron el cuerpo y el sombrero.

Rectos, asumieron una actitud de estatuas. El agua empezó a resbalar por sus caras, dura, dejando huellas sobre las mejillas, resbalándose hasta el pliegue de los labios, donde se fundían con la muda oración.

"Pronto, la señal, Virgencita, no puedo irme dudando..."

—¡Aaapunteeen!

Las rodillas de Florencio dejaron de temblar, ya nada podría moverlo, ¡nada!, acaso ni la muerte.

—¡Fueego...!

Rodó la vida; los cuerpos se mancharon de lodo mientras la tierra volvía a la tierra.

• Acaba de estrenarse en el "Le-wisohn Stadium", de Nueva York, bajo la dirección de M. Thomas Sherman, un concierto "para tap y orquesta". Es la primera vez que el chocar de las suelas contra el suelo según asegura el propio compositor "repite o desarrolla un tema rítmico enunciado por la orquesta". El bailarín fué Dany Daniels.

• *La buena calma de Se-Tcho uan*, de Bertold Brecht, acaba de representarse en el festival de Lyon.

• Con motivo del estreno, en París, de *Teatro* de Somerset Maugham —representada hace años, y hoy, en México— se entabló una polémica entre el traductor, Marc-Gilbert Sauvajon y la Sociedad de autores. Así se sabe que, en 1952, se estrenaron 33 obras extranjeras, en París; 37 en 1953 y que 25 han sido ya representadas en los seis primeros meses de este año.

• Roberto Rosellini ha filmado *Juana en la hoguera*, de Paul Claudel, tal y como la montó por vez primera en Nápoles.

• *La Vida Intelectual*, revista mensual editada en francés, por los dominicos, publica, este mes de agosto, un artículo titulado "Alerta al clericalismo" en el que pone

en guardia a los católicos franceses contra un cierto "confesionalismo" en la apreciación de los problemas políticos, principalmente los que se derivan de la llegada al poder de Mr. Mendès-France. Se declara partidaria de las experiencias del nuevo primer ministro y en contra de "viejos prejuicios y reflejos arcaicos".

• A la iniciativa y bajo la dirección de Mrs. Ellen Borden, Chicago cuenta desde ahora con un teatro al aire libre en el que sólo se representará a Shakespeare; *El sueño de una noche de verano*, *La Tempestad*, *Enrique V*, *Romeo y*

*Julietta* constituyen el repertorio de la primera temporada. Mrs. Ellen Borden es la antigua esposa de Mr. Adlai Stevenson.

• Tras varios y prolongados meses de inactividad David Lean y Carol Reed —los dos directores británicos de más fama— han empezado simultáneamente nuevas producciones. Sir Carol Reed filma una novela de Wolf Mankowitz *Un niño por diez centavos*; David Lean trabaja con Katherine Hepburn, en Venecia.

• El "Festival de París" reunió lo mejor del teatro de muy diver-

sas naciones: doce compañías dieron cincuenta representaciones, con tal éxito que sus organizadores y las autoridades parisinas piensan convertirlo en certámen anual. A la hora de las cuentas, la preferencia del público —por el importe de las entradas— se establece así: Italia, Israel, España, Polonia, Alemania Oriental, Alemania Occidental y Gran Bretaña.

• Samia Gamal, que, en los tiempos de Farouk, fué la bailarina preferida en el palacio real, ha regresado a El Cairo.

• Siete mil músicos de jazz se han reunido en Newport. Antes de la primera sesión el padre Norman O'Connor, uno de los organizadores, declaró que el jazz no podía convivir con la disciplina militar. Adujo, como prueba, el repudio de las dictaduras más famosas de nuestro tiempo hacia esa música. Se creará una escuela, un centro de documentación y una discoteca.

• Mientras Pierre Fresnay filma en Escandinavia una película de evadidos, Gina Lolobrigida acabó *La romana*, de Alberto Moravia, bajo la dirección de Luigi Zampa.

